

**Atentado en Barcelona: lo que la
televisión no muestra**

Laura Camila Forero Giraldo

Trabajo de grado presentado como requisito para optar
por el título de máster en periodismo

Directora: Fernanda Barbosa Dos Santos

Bogotá D.C.
Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Maestría en Periodismo
Agosto de 2019

Atentado en Barcelona: lo que la televisión no muestra

13 muertos en La Rambla. Mientras emergen reacciones demasiado humanas, como el miedo, el nacionalismo y la empatía, a los periodistas se les exige neutralidad y objetividad. Este texto muestra a la persona detrás del profesional y la sorpresa de que lo que el periodista vive en el cubrimiento también es historia para contar.

Texto y fotos: Laura Forero Giraldo

En Madrid, cuando es verano, casi todo está cerrado desde las dos de la tarde. El calor de más de 30 grados solo lo soportamos quienes estamos de turismo o trabajando –en mi caso, ambas-. El 17 de agosto de 2017 era un jueves aburrido, un día ya acabado para mí, pues ya eran casi las 5:00. Ya tenía listos los dos euros que costaba mi helado favorito para comprarlo de camino al metro cuando, de repente, el corresponsal Mateo* (nombre ficticio) nos dice – al cámara de reemplazo y a mí- que hay una transmisión en directo. “Hay que salir urgente”.

Normalmente nos esmerábamos por buscar una buena locación que coincidiera con el horario de Colombia, de manera que si el directo se transmitía cuando era de noche en Bogotá, por el cambio de horario, era de día en Madrid. Así que buscábamos un toldo o una calle oscura para grabar.

Pero esta vez no, apenas si doblamos la esquina y empezamos a grabar: así, de día, a treinta y no sé cuántos grados. Mi helado no demoraría mucho, pensaba, los directos suelen ser rápidos. Pero no, esta vez parecía ser grave por las órdenes que escuchaba que le daban a Mateo: que, como fuera, encontrara información, que él siendo el corresponsal en España iba a salir primero en esa emisión, que le daban paso en menos de un minuto.

Cuando escuché a Mateo, me aterró: una furgoneta había embestido a varias personas en la Rambla más importante de Barcelona. Me senté en el piso hirviendo de la calle en la que estábamos. Era yo, la practicante, quien debía darle la información necesaria y, para poder quedar a su vista, pero no salir en la toma, me senté justo debajo de la cámara, frente al trípode. ¿Cómo era posible que esto hubiera pasado? Había estado allí apenas diez días antes.

Dicen que el calor tropical es el más fuerte. Al menos, la mayoría de los europeos que conocí, se imaginaban que en toda Colombia hace calor. Pero nunca he sentido tanto calor como en España. Justo ese verano se registró la temperatura más alta en ese país: 47,3 grados en Montoro, un municipio de Córdoba, informó Acción Climática de Naciones Unidas. Jamás olvidaré cómo sentía que me quemaba al sentarme en esa calle del centro de Madrid.

Mientras sudaba, me acordaba de cómo eran Las Ramblas. Se le llama así al camino de 1,3 kilómetros que une la Plaza de Cataluña con el antiguo puerto de la ciudad. Es conocida por ser una calle amplia con un andén en el medio por donde transitan las personas. Es, además, un obligado destino turístico porque a lo largo del paseo hay restaurantes, cafés, hoteles y es común ver en ellas manifestaciones artísticas como bailes, cantantes y *performances*. Es, sin duda, uno de los lugares de Barcelona más visitados por los turistas. Para el verano de 2017 sus hoteles tuvieron una ocupación del 80%, informó Jordi Clos, el presidente del Gremi d'Hotels de la ciudad para *El País*.

De solo pensar en la cantidad de gente que pudo ser afectada...

Pero esa no era mi función, ni la de ningún periodista. Durante el directo, mi trabajo no era pensar en mis sentimientos: tenía que buscar datos y lo más confiables posible. Ahí sentada en el piso de la calle Preciados de Madrid, buscaba actualización de todos los medios con credibilidad y aprobación, como *El País* y *El Mundo*, además del *feed* de la cuenta de Twitter de la policía. De eso dependía que la audiencia se enterara de la forma más certera, puntual y veraz posible de lo que estaba pasando, así estuviera a 8.000 kilómetros del otro lado del Atlántico, en Colombia.

Según la información que pude obtener en ese momento, Driss Oukbair, quien conducía la furgoneta se bajó de ella y se atrincheró en un restaurante de comida árabe. Varios policías lo habían perseguido entre las calles hasta que finalmente entró al establecimiento, decía el Twitter de los *Mossos d'Esquadra*, la policía de Cataluña. Luego nos enteramos de que esa información no era verdadera, era fruto del calor del momento. Driss no era quien manejaba el Fiat, sino su hermano, Moussa.

El primero fue detenido mientras iba a la comisaría a entregarse y declarar que su hermano menor había tomado su identificación para rentar la furgoneta. El segundo fue dado de baja cuando huyó —con otros cuatro compañeros— a Cambrils, una población a 100 kilómetros de Barcelona, donde, según *El Mundo*, pretendía arrollar a los transeúntes de las terrazas turísticas que hay allí. Cuando el vehículo en el que se transportaban pasó por alto un control policial arrolló a varias personas. Una de ellas falleció y la cifra del atentado ascendió a 14 muertos en total, como lo confirmó el Servicio de Emergencias de Cataluña.

No obstante, la detención del hermano sirvió para revelar que tres días antes de los atentados de Barcelona, Driss Oukabir había sido condenado a seis meses por malos tratos a su pareja. Luego del atentado, la policía registró su casa y encontró en los mensajes que tenía en su celular amenazas de muerte como “ya sabes cómo va a terminar: tú en el cementerio y yo en la cárcel”, informó *LaSexta.com*.

En medio de la conmoción, no pude hacer más que actualizar sin cesar mis redes sociales. Había una gran cantidad de *tuits* de personas pidiendo que, “por favor”, no divulgaran fotos ni videos de lo que había pasado. Por un lado, deseaban respetar a las personas afectadas y a sus familias y, por otro, que los “terroristas” no supieran por dónde iban los policías ni cuál era su estrategia. El afán de impartir justicia se calmaba con las publicaciones sobre lo que había pasado. Era fácil encontrar fotos de los cuerpos, así como gente defendiendo el derecho a la privacidad, lo que hacía que el atentado fuera el asunto más citado en Twitter en ese momento.

Muy pronto toda la información del Facebook de Driss Oukabir estaba circulando, y ponía énfasis en varias de sus publicaciones que hablaban de la colonización española en la comunidad árabe —él, al igual que su hermano, era marroquí, pero tenía residencia en España— citaban o decían.

La ascendencia marroquí de las personas involucradas en el atentado volvió a abrir la puerta a mensajes xenófobos pidiéndole a los *moros* —término que resulta ofensivo para las personas provenientes del norte de África— que se fueran, que su lugar era en su país, “tirándose bombas entre ellos”. Fue impactante escuchar a un hombre en una calle de Barcelona gritando eso, pero el problema no era algo reciente: una canción de niños a finales del siglo XIX ya decía “Isabel y Fernando fueron reyes muy buenos que echaron de España a los moros morenos”. Esta música es incluso mencionada en la película “Elisa y Marcela”, sobre esta época.

Un mes antes del atentado, yo aterrizaba en España para realizar las prácticas de la maestría, como “asistente de corresponsal en Madrid”. El golpe —que fue más literal que de suerte— que recibí por parte de la vida cuando arribé al Viejo Continente fue tal, que abrí los ojos de forma abrupta. Los nuevos órdenes sociales a los que debía responder también me dejaron con la boca abierta; mujeres jóvenes con un tradicional —y a mis ojos, opresor— hijab en sus cabezas, casadas y con hijos.



Recorrido y distancia entre Bogotá y Madrid. Imagen: Google Maps.

Las diferencias árabe-españolas son históricas, han sido recurrentes desde los enfrentamientos en la Edad Media. Su presencia en la cotidianidad me impactó, como el apellido “Matamoros”, que se deriva de utilizar el término *moro* (que viene del latín *morus* y significa oscuro) para señalar a una persona árabe (o con ascendencia) de forma peyorativa. Viene del mismo refrán “no hay moros en la costa” que se popularizó a causa de los constantes ataques a la zona mediterránea española. Esto se puede ver reflejado en las crisis internas de España hasta la actualidad. En Cataluña, el panorama se complejiza con las disputas separatistas y la alta presencia de migrantes.

Aun sentada en el piso, vi que las redes sociales mostraban un vaivén de morbo, un sinfín de nacionalismo y otros cuantos extremismos de un país dolido. El estigma sobre el pueblo musulmán no ha hecho más que crecer tras los atentados del 9/11, cuando un par de aviones chocaron contra el World Trade Center, en Nueva York, y derrumbaron las torres gemelas del centro financiero.

Aun con el celular en la mano, terminamos el directo que, a mi parecer, había sido el más largo de la historia. Duró al menos media hora. Pero no nos íbamos, estábamos “esperando órdenes del canal”. Esa orden implicaría ir a Barcelona.

Una vez les confirmaron que debían ir a Mateo, el periodista, y Andrés* (nombre ficticio), el camarógrafo por esa temporada, decidí que quería acompañarlos. Compartí la idea con mis padres y concluimos que debía ir, era una excelente oportunidad –a pesar de ser terrible llamarle oportunidad a una tragedia-. Mi sustento allá correría por mi cuenta para no perder la oportunidad dorada.

Buscamos por internet los pasajes en el siguiente AVE –tren de alta velocidad- y solo quedaba el último que salía de Madrid hacia Barcelona ese día. Andrés pagó por los tiquetes de los tres desde su celular mientras íbamos en taxi hacia la terminal.

No teníamos tiempo de ir a nuestras casas para tomar algo de ropa y dinero. Salimos en ese mismo instante a la estación con lo que llevábamos puesto, más o menos a las seis de la tarde. Siempre tenía conmigo todo mi dinero por simple y llana desconfianza; estaba lejos de mi casa y consideraba mejor curarme en salud. En caso de pérdida, sería el presupuesto de ocho meses de intercambio. Esta vez, por fortuna, nos sirvió a los tres.

Después de llegar a la estación de Atocha, comenzamos a palidecer y a sentir el cansancio por la transtornada jornada de trabajo y por la incertidumbre. Luego de comprar agua y paquetes de papas –y una que otra revista- concluí la acostumbrada llamada para reportarme con mis padres, y nos pusimos en marcha. Sobre las 20:30 embarcamos.

En el trayecto, Mateo insistió en que durmiéramos y que aprovecháramos esos momentos porque “quién sabe a qué horas” íbamos a terminar. A Andrés y a mí nos parecía un poco una exageración. Ya era de noche y seguramente el cubrimiento para medios empezaría al otro día.

Ser corresponsal implica pensar en toda la logística, y no solo en el contenido de la nota. En Colombia, en el canal donde hice las prácticas antes de irme a España, cada día nos decían a quién íbamos a entrevistar, a qué hora, dónde y qué carro nos llevaría. Nuestro trabajo era hacer buenas preguntas y supervisar la edición.

Claro, había exigencia, pero en Madrid era el corresponsal quien buscaba los temas, contactaba las fuentes, manejaba su carro o tomaba el metro para encontrarles, entrevistarles, y coordinar con el camarógrafo (a quien él contrataba y pagaba) las luces, encuadre, sonido, para luego volver a la oficina -un espacio de dos sillas y una mesa larga, que él mismo arrendaba en modalidad de *coworking*-.

En el tren, tal como nos lo aconsejó, Mateo durmió casi todo el trayecto. Mientras, Andrés y yo nunca logramos hacerlo: hablábamos, veíamos videos graciosos en Facebook o estábamos callados por momentos. Un silencio turbio en el que no sentía ni tristeza ni angustia por lo que íbamos a hacer, pensaba en que algo me hacía falta. Justo en ese momento, en Barcelona, había personas a las que su vida había cambiado para siempre.

Siempre he pensado que tengo una especie de doble consciencia, algo así como pasa en Colombia: por un lado sé que algo grave pasa, sé que debería sentirme terrible, sé que pasan cosas horribles, pero, por el otro, permanezco inmutable, no me siento intranquila y mi mundo sigue igual.

Andrés y yo no pudimos estar más equivocados. El aire denso y con olor a sal típico de las ciudades costeras nos avisaba que habíamos llegado a Barcelona. Eran casi las 12 de la noche y, de ahí en adelante, perdí la noción del tiempo hasta que llegué a mi hotel, a las tres de la mañana del otro día.

Después de la tragedia, la oscuridad

El volumen de nuestras maletas llenas de aparatos de trabajo hacía parecer que Andrés y yo estábamos escondidos detrás de ellas en el asiento trasero del taxi. En el momento en que puse un pie fuera del carro, en una calle aledaña a La Rambla, sentí el aire pesado y la humedad. La ropa parecía ceñirse como una segunda piel: definitivamente ya me sentía en Barcelona. La penumbra también hizo de las suyas. Solo se podían ver rostros casi flotantes en medio de la luz de los faros que iluminaban a la ciudad en la noche. Todo tenía tonalidad amarillosa.

Por un lado, estaban los semblantes cansados de niños y adultos sentados en el piso, por el otro, algunos valientes que, de pie, parecían resistir la atmósfera que siguió a la hecatombe. Sería una jornada larga, extenuante y, sobre todo, de mucho tacto.

El final de la calle Balmes y su calle contigua, Pelayo, estaban blindadas con vallas por doquier, algo así como debían estar bloqueadas nuestras emociones en ese momento. He visto a muchas personas sentir el dolor. Las he visto acongojadas, bajas de ánimo, calladas. Pero yo nunca me sentí así, siempre fue un dolor ajeno. Los periodistas podemos, inevitablemente, sentirnos mal por lo que vemos, pero muy pocos –me arriesgo a decir que ninguno- se puede dar el lujo de demostrar públicamente su dolor. Los Mossos d’Esquadra permanecían, erguidos e inexpresivos impidiendo el paso. Nos las arreglamos para conseguir algunas entrevistas de los turistas que estaban allí y que, dada la gravedad de lo ocurrido, no lograron llegar a sus hoteles para descansar. “No me percaté de nada, estaba de turismo por el Parque Güell”, dijo una señora que venía de Brasil. Se enteró del atentado porque sus familiares la llamaron para saber si se encontraba a salvo.

Los policías comenzaron a ejercer control sobre el área pública con listas en mano. Llamaron incesantemente a los huéspedes con nombres suministrados por los hoteles, eran escoltados hacia sus destinos por los funcionarios de la policía que restringían el libre tránsito por el lugar y solo permitían el acceso de las personas a su hotel.

Estuvimos detrás de las vallas un buen rato, como en la retaguardia de un suceso que nos sobrepasaba, pero que debíamos cubrir. Pensaba en la gran oportunidad de aprendizaje que me representaba estar ahí en ese momento tan complejo, todo lo que podría aprender y el impacto en mi formación profesional. Mis reflexiones se vieron cortadas de golpe cuando empezaron a evacuar a la mayoría de las personas y nos permitieron el acceso a los periodistas a La Rambla.

Me vi tan inmersa en la dicotomía entre lo que debía hacer y lo que pasaba que mi cuerpo y mente se bloquearon por un instante; estaba realmente en *shock* y no podía modular ni una palabra. La repercusión máxima de la tragedia se vio impresa en el mar de rostros fruncidos de policías que parecían promover un ambiente de cuarentena.

Lo único que mantenía a flote mi consciencia, lo admito, fue mi absurda curiosidad que pecaminosamente se manifiesta ante un evento trágico. No era la única, y lo comprendí al ver mis emociones reflejadas en el rostro de Mateo. En el momento en que dieron acceso a la prensa, reaccioné por instinto –quizá el que coseché durante cinco años de carrera- y le pedí a Mateo y a Andrés que corrieran, que luego los alcanzaría.

Este escenario tan único solo pudo hacerme recordar a algún episodio de *The Walking Dead*, serie televisiva post-apocalíptica, con zombies. Nunca había estado tan sola, tan tarde y empezando mis actividades en la famosa ciudad de Gaudí. Pasada la una de la mañana me encontraba corriendo cargada de equipaje en la espalda (el *LiveU* —un sistema de transmisión en vivo portátil-, el trípode y demás aparatos para la cámara, los morrales de mis dos compañeros y el mío). Por un lado, me envolvió la angustia de hacerlo bien y, por otro lado, de sentirme tan tranquila ante semejante tragedia. El sueño que ya empezaba a manifestarse...

Pensaba que los iba a encontrar ya en La Rambla, pero, nuevamente, estábamos tras unas vallas que cortaron nuestro afán. Estábamos en la calle de la Plaça de Catalunya, era cuestión de cruzar la calle para llegar al lugar del atentado. Resultó imposible. Como también me fue imposible pensar que, a solo una calle de distancia, más de 13 personas habían muerto hacía menos de seis horas. Entre muertos y heridos, se sumaron 18 nacionalidades.

En cualquier caso, desde allí hicimos otro directo con la información que teníamos y con la que los demás colegas nos compartieron. Percibí mucha familiaridad entre corresponsales de un sinnúmero de medios. Nunca pude determinar si esa solidaridad fue debido a la melancolía que a todos nos invadía o al sentimiento de luto compartido, que nunca antepusimos a nuestra labor profesional. La camaradería entre corresponsales, en ese ambiente caluroso y húmedo, era la cuota de alivio.

En medio de esa muestra de solidaridad y compañía, y de estar allí, viendo de lejos lo que para muchos sería el peor día de sus vidas, voluntarios del Ayuntamiento de Barcelona nos sorprendieron con un detalle de inmenso trasfondo emocional.

Pensaron en nosotros, los vivos y nos dieron refrigerio a los *necesitados* periodistas que estábamos cubriendo la noticia más sangrienta en ocho años para España. El último atentado había sido en Palma Nova, en 2009, perpetrado por el grupo terrorista ETA, una amenaza diferente, propia, de los separatistas vascos alzados en armas. En La Rambla era diferente, el miedo se construía ante un enemigo extranjero y desconocido.

Luego de estar ahí por dos horas y terminar el directo, los policías nos acompañaron a nuestros hoteles. El canal había conseguido un hotel para Mateo y para Andrés que estaba, literalmente, en la calle de La Rambla. ¡Su balcón tenía vista a La Rambla! En el camino, pasamos por la calle del atentado. Había manchas de sangre en el piso, círculos hechos por las autoridades donde había cuerpos, y quioscos destruidos.

Después de que mis compañeros se quedaran en la puerta de su hotel, el policía me acompañó unos diez minutos más. Recorrimos, por la calle de al lado, casi los mismos 600 metros por los que pasó la furgoneta. Solo había oscuridad. “No te puedo acompañar más”, me dijo.

Caminé otros 14 minutos hasta mi hotel en total silencio. La inseguridad se sentía en el ambiente; había mucha gente mirando por las ventanas en las que había pañuelos negros. Para ese momento, además de los 13 muertos, habían confirmado al menos 80 heridos, de los cuales 15 estaban en una condición grave.

En el hotel ya no me esperaban: pasadas las tres de la mañana era un horario poco habitual para hacer registro. Sin embargo, encontraron una habitación disponible. Después de lavar mi ropa interior, que afortunadamente se secó rapidísimo gracias al implacable clima del verano, me acosté a dormir.

Me levanté a las siete de la mañana para encontrarme con el resto del equipo y, mientras caminaba hacia su hotel, compré un desodorante para mí, gel para Mateo y crema de dientes para todos. Cuando llegué al lugar, ellos ya estaban desayunando en el restaurante del hotel que tenía vista al mosaico de Miró. Desde allí pudimos ver que ya empezaba el homenaje a las víctimas.

Salimos a grabar, las primeras flores que hasta ese momento se acumulaban sobre el mosaico. Casi empezábamos a recorrer La Rambla desde ese punto cuando escuchamos gritos, pero no de terror, sino de enojo.

“Vete a tu país, ¿por qué no te estallas una bomba en el culo?”, le gritaba un hombre a una mujer que usaba hijab y empujaba un coche para bebés. La creciente xenofobia iba de la mano con un acérrimo sentimiento de nacionalismo y señalaba más tensiones con los inmigrantes. Tanto Mateo como Andrés y, por supuesto yo, éramos extranjeros, latinoamericanos. ¿Cómo inmiscuirse y acometer contra el dolor ajeno?

Recorrimos muy lentamente todo el trayecto que había hecho la furgoneta el día anterior. A plena luz del día pudimos constatar cómo quedó una de las calles más transitadas de España en verano — se estima que por allí pasaron de 800 a 1.200 personas ese día-. Los dueños de los quioscos intentaban organizar lo que todavía les quedaba. Mientras Andrés grababa algunas imágenes de apoyo, otro periodista nos recordó que más tarde se haría un minuto de silencio en la Plaça Catalunya.

Estarían en el evento el rey Felipe, el presidente de España, Mariano Rajoy, el presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, entre otros importantes políticos. Así que muy pronto fuimos a la plaza para conseguir el mejor puesto posible para el directo. Afortunadamente siempre llevaba conmigo bloqueador, porque la prensa se ubicó de frente al sol.

Minutos de silencio y ruptura

Inmersa en los rostros –ya no tan melancólicos- permanecí al margen de toda conversación mientras nos aplicábamos protector solar. Poco después de la hora cumplida arribaron los primeros dirigentes políticos. La experiencia fue casi irreal. Un hecho tan trágico podía unir a las personas del mundo, olvidando por un momento las nacionalidades en torno al valor que tiene la vida. Esto era una conmemoración a este dolor y un cruento recordatorio de nuestra fragilidad y de la unión que nos permite resistirla.



Aplausos después del minuto de silencio en la Plaza de Cataluña. Archivo personal.

Cuando los líderes políticos se instalaron, la multitud empezó a gritar “*no tenim por*” (“no tenemos miedo” en catalán). Era una representación de la férrea resistencia que cada vez más ciudadanos del mundo abanderaban en contra del fanatismo. Las voces de rechazo finalmente se extinguieron y fue anunciado el minuto de silencio. Los líderes políticos saludaron, se dieron un apretón de manos y se fueron. Pero la multitud continuó allí.

En la plaza se encontraban unas cuantas mujeres musulmanas que sostenían carteles que decían “Islam no es terrorismo” o “no en mi nombre”, y que recibían flores de los demás. Los esfuerzos por la convivencia no eran por una casualidad. El informe “Crímenes de odio: memoria de 25 años de olvido” revela que “el racismo y la xenofobia representan el 37%” de todos los crímenes de odio perpetrados entre 1990 y 2015.



“No en mi nombre”, dice cartel de mujer musulmana en la Plaza de Cataluña. Archivo personal.

Compré refrescos para los tres, para aliviar en algo el calor que se sentía en la plaza. Básicamente, con mi dinero sobrevivimos. Cuando la plaza estaba casi desocupada, almorzamos, antes de hacer otro directo. Ahí, fuimos testigos de otro altercado.

Mateo se preparaba para empezar el directo, cuando un español gritó una ofensa xenófoba. El periodista respondió que también era extranjero y que solo estaba haciendo su trabajo. Estaba encargada del *flex* (una pantalla de tela que refleja la luz), solo pude ver y escuchar lo que estaba pasando sin tener siquiera oportunidad de reaccionar. Tenía que grabar, pero estaba pasmada. Nunca había visto ataques xenófobos de forma tan directa. Además, ¿qué podía hacer o decir? Al aire, todo salió perfecto, sin ninguna señal de angustia o enojo por parte del reportero. Concluimos el informe en la emisión directa y bajamos un par de calles para buscar alguna tienda económica donde vendieran alguna camiseta decente para vestir. Más que periodista o pasante, me sentía una víctima del ambiente, especialmente de la atmosfera tétrica que conducía intermitentemente a la histeria colectiva. Mateo nos advirtió que no podríamos tardar demasiado. A estas alturas ya era una campeona de maratones vespertinas y urbanas por las calles de Barcelona.

Compré una camiseta y apresuré mi regreso a La Rambla tanto como pude. Ya me sentía mejor: habíamos comido y no estábamos con tantos afanes como al comienzo. En los días posteriores al atentado, siempre pensé en la calma que precede a la tormenta. La tempestad irrumpió en la tranquilidad que se mostraba firme en España, cuyos cimientos fueron desestabilizados.

Un representante del Ayuntamiento nos concedería una entrevista esa misma tarde, y lo esperamos frente a la institución. Creo que me dormí allí, el sueño era imperante. Cuando salió el funcionario, intuitivamente, me levanté, escribí las preguntas y sostuve el *flex*, a pesar de mis mermadas capacidades en ese momento.

En este punto, el sueño nos dominaba y estábamos exhaustos. Así que terminamos la entrevista, tomamos otras imágenes de apoyo de las personas que estaban en el homenaje – en el ahora lleno mosaico- y volvimos al hotel de mis compañeros a descargar el material en el LiveU para enviarlo a Colombia. Andrés se fue a comprar una camiseta para él y me dejó sola con Mateo.



Homenaje en el mosaico de Miró en la Rambla. Archivo personal.

La situación se puso incómoda. Recordé cómo en ocasiones anteriores él había hecho comentarios sobre mi cuerpo, sobre lo buenas que están las colombianas y de cómo le había sido infiel a su esposa. Decidí ignorar eso, total, podía ser mi papá. Pero el beneficio de la duda me falló. Muy pronto me insinuó que podríamos tener sexo ahí, en la habitación de hotel que compartía con Andrés.

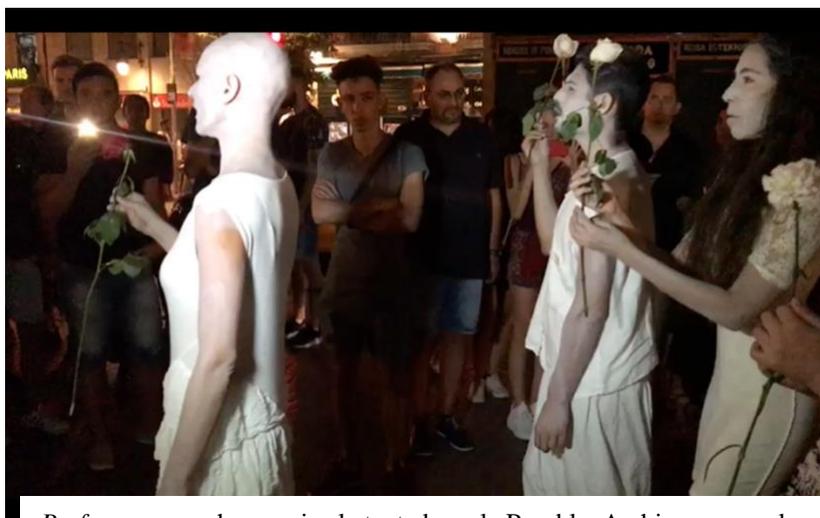
Nadie nos enseña qué responder cuando el jefe, de quien depende nuestro último requisito de grado nos acosa. Así que no respondí nada, solo hice una broma, como si no hubiera entendido. Pero él lo interpretó como un acto de inocencia ante el cual reformuló su insinuación de forma más directa. “No me molestaría echarme un polvito contigo.” En mi cara se hizo obvio que no me apetecía ni en lo más mínimo por lo que trató de suavizar su propuesta. Dijo que no debía sentirme ofendida, ya que innumerables veces habíamos hablado de feminismo, de la liberación de la mujer y de libertad sexual.

No sabía cómo responderle que no, que me daba asco un adulto abusando de su posición de poder. Así que opté por el humor: “Creo en el celibato”. Él se acostó en su cama y durmió. Me dijo que hiciera lo mismo, pero no fui capaz.

Apenas llegó Andrés me inventé cualquier excusa y salí. No podía pensar en la cobertura del atentado que teníamos que terminar, me sentía intranquila. Solo pude darme cuenta de que se trataba de acoso laboral cuando llamé a una amiga que me lo hizo caer en cuenta. Yo, supuestamente declarada feminista, había sido incapaz de reconocermme como víctima, y no era una excepción: al menos un 65% de las mujeres que trabajan en medios de comunicación han experimentado “intimidación, amenazas o abusos en relación con su trabajo”, según datos de 2016 de la Federación Internacional de Periodistas. Pero, dejé de lado esa idea por un rato, pues en Barcelona todavía había más marchas y actos simbólicos en La Rambla.

Mateo no volvió a mencionar el tema y mi trabajo fue buscar familiares de víctimas del atentado. Mientras los encontraba, la cámara registraba bellos actos culturales: una mujer cantaba *Imagine*, de John Lennon, mientras los transeúntes acomodaban las flores en el mosaico de Miró y varias personas vestidas y pintadas de blanco caminaban en absoluto silencio en dirección opuesta al recorrido de la furgoneta. “No tenemos miedo”, gritaban el coro los presentes.

El trabajo del periodista siempre ha sido informar. Sin importar qué, debe procurar darle la información más completa y de calidad que pueda a la audiencia. Pero esta exigencia, de entrada, oculta que quienes ejercemos esta profesión tenemos sentimientos, necesidades y que lo que debemos informar nos marca. Es decir: somos personas. Por supuesto, todo esto termina afectando, en mayor o menor medida, aquello que producimos.



Performance en homenaje al atentado en la Rambla. Archivo personal.

Escudados por una costra

Al día siguiente, el 19 de agosto, los reyes españoles Felipe y Leticia visitarían el Hospital del Mar, el cual había sido escenario de incontables reencuentros y auspiciador de otras tantas víctimas. La mayoría de heridos fueron trasladados allí. Nuestra puntualidad fue impecable: a las 8:00 AM llegamos al punto de encuentro con nuestros colegas periodistas frente al Hospital. Algunos estaban levantados por obra y gracia del café, sus miradas los delataban, pero su compromiso profesional los mantenía en pie. Hasta cierto punto, a mí también.

Era extraño cómo con el pasar de los días y las horas me sentía más y más apropiada de mi labor. En un vaivén de bromas –una forma espectacular de canalizar todo este viacrucis– conseguimos un buen lugar en la acera. Esperamos allí envueltos en el aire citadino, acompañados de un chico *punk* antisistema cuyos labios no hacían sino vociferar maldiciones contra la realeza. Pensaba que, mientras él tenía la fuerza para gritar, muchos otros apenas podían respirar debido a las heridas de la embestida.

Detrás de nosotros se encontraban personas disfrutando del sol y la playa. Aterricé nuevamente en la tajante realidad: este no era un viaje de placer. Esperábamos a los reyes cuando un colega, corresponsal para México, nos señaló a la prima de una víctima del atentado que estaba internada en el hospital. No teníamos un testimonio aún, ‘el anillo encontró al dedo’ sin siquiera buscarlo, pensé.

Decidí seguirla cuando se dirigía hacia la puerta del hospital. Todo estaba resguardado y los guardias preguntaban cada acceso minuciosamente. Recuerdo haber repetido la información que la mujer dio, con el número de habitación. Un piso completo estaba dispuesto exclusivamente para las víctimas del atentado y el personal médico abundaba.

Tan pronto como ingresé en la habitación, me invadió un aire fúnebre. No quise pensar mucho en cuantos daños y lesiones habían sufrido las personas que estaban postradas en esas camas. Al fondo de la habitación estaba el familiar de la mujer con la que pude colarme en las instalaciones. Otra cama, sin embargo, era ocupada por otra víctima con una marca en su cara que detallé mientras le daban de comer. Salí a la sala de espera a reflexionar al lado de una ventana enorme con vistas al mar.

Pasaron alrededor de treinta minutos cuando entré de nuevo en la habitación y le pregunté a la mujer en la camilla si le gustaría contar su historia. A pesar de todo, una parte importante de la resolución de conflictos para las víctimas es darles un espacio en el cual puedan narrar los hechos. Ser escuchadas puede ayudarles a sanar. Ella respondió que sí, aun cuando estaba un poco extrañada por mi presencia. La mujer a quien seguí para poder ingresar le dijo que lo sentía, y que podía llamar a la policía si le incomodaba. Afortunadamente para mí, dijo que no.

Grabé con mi celular el testimonio de Fernanda Mendo Rodríguez. En su cara, lastimada por la caída al intentar esquivar la furgoneta, se veía la tristeza y la angustia por su compañero, del que no sabía nada. Cuando nos devolvimos a Madrid, aún no se sabía de su paradero. Ambos eran habitantes de calle y, por eso, como ella esgrimió a modo de queja: recibió otro tipo de atención.



Fernanda Mendo Rodríguez, en el Hospital del Mar. Archivo personal.

Ya con el testimonio en mi celular, le agradecí y salí del hospital. Cuando le envié el video por WhatsApp a Mateo, este sintió como si hubiéramos cumplido una misión secreta muy importante. El testimonio salió en el noticiero como primicia, claro, nadie más lo tenía. No hubo créditos para mí en la nota. Gajes del oficio de practicante.

Todo parecía más calmado luego de eso: con más tiempo libre, finalmente tuve vía libre para hacerme prisionera de mis pensamientos. Una avalancha de ellos. Pude pensar en la muerte, en quienes realmente sufrieron y en quienes convirtieron su círculo social en una fortaleza nacionalista sin siquiera pretenderlo. Mi mente me llevó a la idea de cómo nosotros, los periodistas, debíamos estar siempre atentos, siempre despiertos, siempre en el lugar correcto. También recordé el acoso, en lo insegura que me sentía y en que me quería ir ya.

“¿Qué más tenemos que hacer aquí?”, pregunté. “Nada obligatorio, ir a la misa de mañana en la Sagrada Familia. Pero obviamente no van a dejar entrar cámaras. Esto ya es noticia vieja en Colombia”, contestó Mateo. Sin más que hacer, decidí en ese mismo momento tomar un taxi e ir a la estación de trenes para volver a Madrid.

Entré en el AVE a eso de las seis de la tarde del 19 de agosto de 2017, anhelando, durante todo el camino de regreso, el calor seco de Madrid. Me despedía de la humedad del aire de Barcelona y de mis prácticas en España, con el aprendizaje a costas de que, como periodistas, no podemos evitar las tragedias, el dolor, el cansancio y la angustia de estas inefables (o inenarrables) tragedias. Tampoco podremos evitarlas reacciones emocionadas o

los prejuicios que se construyan como una costra de protección al dolor. Llegamos a los infortunios después, en la mayoría de los casos, con un único poder: el de informar. Lo hacemos escuchando diferentes voces, describiendo tanto el dolor como la resiliencia, dejando nuestras necesidades a un lado para relatar los hechos de la forma más objetiva posible. Ese es mi poder, y no pretendo malgastarlo.